

# 1998: UN AÑO POR DELANTE

Por Enrique ROJAS

SIN ilusiones no vamos a ninguna parte. Los argumentos están a la espera. Llega un año nuevo. Cuántas cosas pasan por mi cabeza en estos momentos. Pero todas ellas, a la postre, se resumen en dos operaciones sucesivas: «análisis» de lo sucedido y «síntesis». En una palabra, «balance», hacer recuento de cómo han ido las cosas. El análisis se desdobra en dos planos diferentes: el personal y el colectivo. La primera remite a la vida de cada uno, en sus facetas privada y pública. La vida colectiva es aquella en la que todos estamos inmersos: desde lo puramente local y nacional a lo internacional.

Podemos considerar a «la vida personal» como un libro blanco en el que vamos escribiendo con nuestra conducta. Ahí se va registrando todo: alegrías y tristezas, aciertos y errores. Pero lo importante es «que la vida tenga una unidad interna». Para eso es necesario ante todo «tener ideas claras», que suele ser la consecuencia de «tener una cabeza bien ordenada». El resultado conduce a «saber lo que uno quiere». Es menester trazar lo que uno quiera hacer con su vida.

La vida tiene dos notas fundamentales desde el punto de vista descriptivo: «la vida es abierta y argumental». Me explicaré.

Que la vida sea «abierta» quiere decir que es incompleta, provisional, interminable, siempre por hacer, que nunca está finalizada ni concluida. Por eso la vida es, de algún modo, imprevisible, de ahí su carácter dramático: siempre puede ocurrir cualquier cosa. El hombre está siempre en continua interrogación de sí mismo, resolviéndose como problema.

Por otra parte, la vida es «argumental». ¿Qué quiere decir esto? Que «la vida es programática»: planificación ordenada. La vida es futuro, anticipación, proyecto, pretensión, ilusión de porvenir, tendencia de empeños y propósitos. El argumento es el tejido conjuntivo que la sostiene, que lo pone cada sujeto con sus preferencias y aptitudes. Ésta es la dimensión fundamental de la existencia. «Nos pasamos la vida pensando en el día de mañana». El hombre es un ser esencialmente prospectivo, lo que etimológicamente quiere decir que «mira hacia delante, hacia el mañana». La conclusión que extraemos de aquí es la siguiente: «la vida no se improvisa», sino que se programa.

La vida del hombre tiene muchas laderas, pero éstas pueden reducirse esencialmente a dos: «la vida privada» y «la vida pública». La primera es la más real, la auténtica, la verdadera; constituye la «intrahistoria» en el sentido de Unamuno. Es la historia vital interna de Binswanger, cuyos entresijos están constituidos por la vida familiar y el trabajo. Ésta es reducida, escueta, de un perímetro limitado, pero rica, densa y frondosa. Es la más explorada en estas fechas y la que casi sin darnos cuenta se planta delante de nosotros, dispuesta a someterse a examen. Suelo decir que estos días se abren muchas heridas humanas, por eso para algunos son fechas tristes, en donde se agolpan los recuerdos con sus distintos sabores. La vida pública es la imagen que ofrecemos hacia fuera, que en muchas ocasiones no coincide con lo que ocurre por dentro: es la versión oficial de nuestra realidad. Sólo unos pocos tienen una vida pública resonante, tanto para bien como para mal.

Al analizar en estos comienzos de año lo que «hacemos» y lo que «somos», miramos hacia atrás. Es decir, exploramos cómo han ido nuestros objetivos, aquellos que diseñamos el año anterior. Viene de inmediato a nuestra

mente cómo hemos aprovechado el tiempo, qué partido le hemos sacado. El tiempo es como las lenguas de Esopo, lo mejor y lo peor de la vida. Hace que siempre tengamos la vida por delante, que la miremos con esperanza, pero a la vez acumula las ruinas de todo aquello que no hemos hecho, que de una manera u otra ha estado aplazado.

Pero no nos engañemos, la vida es lo suficientemente compleja como para que a lo largo de ella nuestros planes se vean truncados por un sinnúmero de hechos, más o menos inesperados. De ahí que el hombre esté siempre descontento con respecto a lo que es su vida. Ortega decía «yo soy yo y mi circunstancia»... y «la realidad radical es mi vida» en sentido primario, como raíz de todas las demás. Julián Marías subraya que la vida humana se caracteriza por una «pluralidad de trayectorias entrelazadas argumentalmente».

Por tanto «mi futuro» lo propongo yo, parte de mí, arranca de mi fuero interno, lo diseño según mis personales preferencias. Esto es mi proyecto. Por el contrario, «la circunstancia» es algo que me viene dado, impuesto y que va a constituir la situación mía personal que me rodea; es transitoria, temporal, momentánea, pero mientras existe me limita y me pone unas cotas a mi actuación.

Conviene no perder de vista «la circunstancia» a la hora de hacer la tarea de «síntesis» sobre el año personal que se va y el que está recién estrenado. «La vida humana está articulada por las dificultades». Es como un engrace de sucesivos esfuerzos, renunciaciones y vencimientos, que nos lleva hacia delante y dibuja nuestra biografía. Zubiri, en su libro «Sobre el hombre», pone de relieve que «vivir es conseguirse provisionalmente, realizando la pregunta que se expresa en el «qué va a ser de mí».

El otro plano del balance es «la vida colectiva». Y pienso que aquí lo mejor es levantar el vuelo y echar una ojeada para hacer un diagnóstico crítico de cómo se encuentra el «mundo actual civilizado, ése que impone sus criterios y que ha alcanzado el máximo de desarrollo. Yo creo que estamos ante una profunda crisis mundial». Es verdad que hay un uso y abuso de la palabra «crisis», pero aquí viene como anillo al dedo para describirnos lo que sucede. Etimológicamente procede del griego «krisis», que significa decisión, tomado a su vez de «krino», que quiere decir: separar, decidir, juzgar. La expresión latina significa mutación, cambio. «Toda crisis significa antes que nada un cambio profundo». Existe una ley general de todo progreso humano (tanto personal como colectivo) que puede quedar formulada así: todo avance del hombre conlleva siempre un cambio radical, lo que implica la entrada en una situación difícil, que requiere un juicio y una decisión. «Crisis es igual a desorientación». El adolescente que está en la crisis propia de esos años, padece una desorientación general. Estar desorientado es no saber qué hacer, qué camino tomar, por dónde dirigir los propios pasos. «Un hombre desorientado no sabe a qué atenerse».

los ingredientes que califican y matizan la realidad presente.

Pues bien, ¿cuáles son esas notas características del mundo actual? Está claro que hay aspectos positivos y negativos. Grandes progresos o importantes retrocesos. Por una parte, los grandes avances de la ciencia y de la tecnología, impenables hace tan sólo unos años; la paulatina instalación de regímenes políticos democráticos, la mejor regulación de las relaciones laborales, la generalización más amplia de la cultura, los grandes progresos en el mundo de la comunicación. Los sofisticados sistemas de procesamiento e información de datos, la industrialización en tantos sectores, etcétera.

Por otra parte, el mundo actual se ha vuelto más deshumanizado, pensemos tan sólo en lo que ha ocurrido en los últimos años con el aborto. La eutanasia es el próximo envite. Esta deshumanización

montada sobre dos grandes columnas: el «materialismo hedonista» y la «permisividad». En estos días se ha presentado en un Parlamento nórdico una ley para despenalizar el incesto. Se habla en muchos ambientes de que ésta es una «cultura de la muerte»: se combate la vida en muchos de sus estadios. Nacen así, proyectos colectivistas que engendran injusticias más graves que las que pretenden combatir. Además, está el modelo de sociedad tecnoburocrática que tantas frustraciones provoca, subordinando los intereses humanos a la estructura del aparato de poder. Y las plagas modernas: el paro laboral, la droga y los seriales televisivos con luces y sombras, alegrías y tristezas, nitidez y borrosidad. Caleidoscopio de sensaciones diversas que se agolpan en la retina psicológica de ese archivo que es la memoria. A tal cúmulo de hechos, lo mejor es poner sobre la mesa los propósitos concretos para este 98 que no ha hecho más que empezar. «Los planes y retos son los que le dan identidad al proyecto personal». Quien aspira a algo con voluntad firme, acaba por conseguirlo. Propone objetivos y a por ellos. Déjate la piel en el campo, con esa mezcla de ilusión y tenacidad. La alegría de ir sacando lo mejor de uno mismo, luchando a brazo partido contra las adversidades. Un hombre así está siempre ardiendo. Pegado a la política de las pequeñas contabilidades personales: a ese «haber y debe» que va trazando un rumbo zigzagueante, pero teniendo claro el punto de mira. El hombre auténtico descansa más sobre lo que es capaz de exigirse a sí mismo que sobre aquello que se le da. Frente a la bulimia de novedades y a la hipertrofia de noticias rosas giratorias y sin sentido, yo propongo buscar los mapas señaladores de los tesoros ocultos, allí donde se encuentra lo mejor del ser humano. Diagnóstico de intenciones. Y alpinismo de la vida propia escrita en papel de oficio, pero con ribetes dorados. La importancia de lo pequeño en el día a día. La grandeza de la vida ordinaria repleta de amor y de esfuerzo.

La felicidad no se da en el superhombre, ni en el que lo tiene todo, ni en el que casi todo le sonríe. La felicidad se encuentra en el hombre verdadero: aquel que lucha por ser coherente consigo mismo.



Enrique Rojas  
Catedrático